

El saber de las otras: hablan las mujeres

Introducido por Nuria Girona Fibla

Sonia Mattalía Alonso

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA. UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Sonia Mattalía: el idioma de los argentinos

...La juzgo tan eterna como el agua y el aire.

J.L. Borges

En su último libro, Sonia Mattalía volvía al autor con el que había comenzado su carrera académica: Juan Carlos Onetti. Casi treinta años después de la tesis doctoral que se convirtió en su primera publicación y de una extensa producción intelectual que recorría la literatura latinoamericana de norte a sur del continente y de la colonia a nuestros días, este retorno se me antojaba melancólico, como quien vuelve al primer amor después de muchos tumbos en la vida. No lo era, en realidad Sonia nunca abandonó a Onetti y, en el transcurso del tiempo, había ganado una extraña intimidad con él.

Todo comenzó en el año 1976, durante la primera estación de su exilio en Montevideo, cuando se encontró con *La vida breve* (que en aquel entonces estaba prohibida en Uruguay). Así lo cuenta al comienzo de la falsa vuelta que compone *Onetti: una ética de la angustia* (2012): “La leí tirada en un sótano de la calle Francisco Llambí en el barrio de Pocitos, en Montevideo; de vez en cuando miraba de reojo los zapatos de los transeúntes que pasaban por la vereda”. Cuenta que le contó esta escena al escritor uruguayo, “a su larga figura recostada en el cama”, cuando lo visitó en su casa de Madrid en 1990. Aunque la complicidad venía de antes, el encuentro sellaría una misteriosa lealtad: “Santa María era mi destino”, le confesó Sonia a Onetti.

Una vez le pregunté con cierta alarma si no le parecía un misógino, no fui la única. Sonia se reía. “Sabe qué desea una mujer”, contestaba enigmática y un poco cansada de esas acusaciones tan frívolas. Nos mandó a leer “El infierno tan temido” y lo que había escrito sobre el cuento (“un regalo de amor”). No sé si nos asustó más la descripción onettiana del tormento o lo que Sonia había sido capaz de leer en su reverso y nos lo mostraba como si hubiéramos estado ciegos todo el tiempo. Ya no podremos olvidar el estrago que puede causar el deseo femenino ni a quienes saben de sus resortes.



Leer sobre el deseo incitaba a seguir leyendo (siempre se quiere averiguar más sobre ese secreto) y Sonia convertía apasionadamente la lectura en causa de deseo. Así escribía sus libros: formaban parte de su vida, de sus charlas, eran una continuidad de su persona. Ponía a circular su saber con tanta generosidad como naturalidad, nos retaba a encontrarnos en los textos y a preguntarnos por nuestra época, nos hacía leer con un poco más de rigor y un poco más de disfrute.

En todo este tiempo parecía que había olvidado a Onetti porque coordinaba ensayos dedicados a otros escritores (*Borges, entre la tradición y la vanguardia* en 1990), publicaba ediciones críticas de sus autoras preferidas (*Ifigenia* de Teresa de la Parra, 1992) o componía ese mapa espléndido de escritoras que sería su libro *Máscaras suele vestir. (Revuelta y Pasión: escrituras de mujeres en América Latina)*, de 2003). “Es mi obra de senectud” solía decir. También en eso nos engañaba. Parecía traicionar al hombre tumbado en la cama en sus publicaciones dedicadas al Modernismo y la Vanguardia: *Miradas al fin de siglo. Lecturas modernistas y Tupí or not Tupí. (Ensayos sobre la narrativa de vanguardia en América Latina)*, de 1997 y 2004 respectivamente. Cuando se distraía, Onetti reaparecía: de forma explícita en su introducción y notas a *La vida breve* (1994) o en el homenaje encubierto de *La ley y el crimen. Usos del relato policial en la narrativa argentina* del 2008, porque todos sabemos que la mayor dicha del viejo era un whisky y un buen policial.

Mientras, estos y otros libros marcaban un modo de lectura, una manera de hacer crítica literaria. No desplegaban solo conocimientos o detalles nunca antes registrados de la producción cultural latinoamericana, no se trataba solo de la seguridad de lo transmisible. Había, hay en ellos algo más, un espacio por venir para el que inventamos hoy una lengua.

Los libros levantan territorios y leídos unos tras otros, fundan un idioma. En sus clases, en sus obras y hasta en sus conversaciones, Sonia instituyó una mitología argentina en la que cada uno se figuró a su manera ese país en el que seguimos habitando. Algunos transitaron necesariamente por la poesía gauchesca, casi todos recorrimos de su mano el París bonaerense de *Rayuela*, otros merodearon por lo real como imposible al descubrir a Alejandra Pizarnik, también el horror de la última dictadura militar. Así imaginábamos el lugar de donde venía y del que hicimos distintas patrias; incluso, sin propósito alguno, incorporamos o naturalizamos algunos términos de su idioma: *cambalache, pelotudo, pucho y boludez*. De esta manera y aunque nos unía el *¡ché!*, nuestra lengua se hizo un poco más extranjera y nosotros más argentinos.

Leemos los libros de Sonia para actualizar las figuras de Sor Juana Inés de la Cruz, Martí, Darío, Bombal, Quiroga, Peri Rossi, Vallejo, Valenzuela y muchos más que nos procuró, para que la literatura no cese y para que no se detenga su escritura. Leemos esos libros porque en ellos volvemos a escuchar a Sonia, esa voz en sus textos, ese texto que se hace en su voz y ya no podemos dejar de oír de otra manera. Aquello de saber –que decía Borges en *El idioma de los argentinos*– cómo habla un personaje para averiguar quién es y así, recobrar su entonación, su cadencia, ese tono tan familiar que nos descubra nuestro destino, como ella descubriera el de Santa María.

Leemos sus libros pensando que la recuperamos pero nos recuperamos a nosotros mismos en lo que nos constituyó. Leemos esos libros para leer como ella.

He utilizado todo el tiempo la primera persona del plural, creo que no me equivoco si hablo en nombre de estudiantes, lectores, seguidores, amigos y amigas. Es una manifestación del pudor y la contención pero también designa la forma en que hizo escuela y nombra a todas las comunidades venideras de su idioma compartido.

Lo que he contado no es la historia de las aportaciones académicas de Sonia sino de lo que aprendí con ella. En algún momento de la recreada persistencia onettiana que Sonia había convertido en revelación recordé que alguien (no sé quién me lo dijo) había definido su tesis como una pelea entre las tres grandes bestias de la crítica literaria contemporánea: el marxismo, el estructuralismo y el psicoanálisis. No debemos engañarnos, esas eran sus fidelidades y para ellas inventó su amor a Onetti, una de sus mejores creaciones.

Abro su último libro al azar y leo: “Escribir es hacer una brecha en la Ley. Abrir ese agujero, desplegarlo, hacerlo transitivo al lector, es el papel social de la literatura”. ¿Cuál de las tres bestias ruge más fuerte aquí? En esta vuelta que no lo era, Juan Carlos Onetti quedaría afirmado, finalmente, en una ética de la angustia y para nosotros, siempre, Sonia Mattalia en una ética de la lectura.

NURIA GIRONA FIBLA

Publicado originalmente en
Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo 40 (2013): 138-140.

El saber de las otras: hablan las mujeres

Publicación original:

Sonia Mattalía y Milagros Aleza (edas) (1995). *Mujeres: escrituras y lenguajes (en la cultura latinoamericana y española)*. Departamento de Filología Española, Universitat de València: 21-30.

En una lejana tarde de otoño, que podemos suponer cargada de nubes o ligeramente brumosa, en un Londres más monocolor que el actual, una mujer entra en la Biblioteca del British Museum. Debe cumplir con una tarea ardua: escribir una conferencia sobre las mujeres y la novela. Ha descubierto ya un problema importante que le preocupa: las mujeres, en general, son pobres. No poseen, en general, bienes propios. Y alberga razonables temores acerca de la incidencia de la pobreza en la escritura literaria. No obstante, está ansiosa y confiada: Después de haber hecho un listado de preguntas sobre las condiciones que circundan la escritura de las mujeres, está en el sitio justo. “Si no se puede encontrar la verdad en los estantes del British Museum, ¿dónde (se pregunta) está la verdad?”. Se acerca al catálogo y busca la letra M... Oigámosla:

Estos cinco puntos suspensivos indican cinco minutos separados de estupefacción, sorpresa y asombro. ¿Tenéis alguna noción de cuántos libros se escriben al año sobre las mujeres? ¿Tenéis alguna noción de cuántos están escritos por hombres? ¿Os dais cuenta, vosotras mujeres, que sois quizá el animal más discutido del universo? Yo había venido equipada con cuaderno y lápiz para pasarme la mañana leyendo, pensando que al final de la mañana habría transferido la verdad a mi cuaderno, pero tendría yo que ser un rebaño de elefantes y una selva llena de arañas, pensé, recurriendo desesperadamente a los animales que tienen fama de vivir más años y tener más ojos, para llegar a leer todo esto (Woolf, 1989: 39).

Después de recorrer con angustia una montaña de libros sobre la biología, la sexualidad, la psicología, los instintos de las mujeres; después de reconocer los nombres de importantes pensadores, científicos, novelistas, ensayistas, y de desconocer un número inexplicable de otras plumas masculinas dedicadas a tal tema durante siglos, la asalta una nueva pregunta. Vuelve al catálogo, busca aterrada la letra H. que representa a la otra mitad de la especie humana y, con cierta alegría descubre, primero: que el listado dedicado a los hombres es realmente breve y, segundo, que los pocos libros a ellos dedicados no están escritos por mujeres.

Concluye:

Las mujeres no escriben libros sobre los hombres, hecho que no pude evitar acoger con alivio, porque si hubiera tenido que leer primero todo lo que los hombres han escrito sobre las mujeres, luego todo lo que las mujeres hubieran escrito sobre los hombres, el aleo que florece una vez cada cien años hubiera florecido dos veces antes de que yo pudiera empezar a escribir.

Después de elegir unos títulos al azar en la lista marcada con la M. y de transitar algunos intensamente logra confeccionar un listado de temas extraídos de los libros que consulta, los anota bajo el sugerente epígrafe que expresa su preocupación primera: “Las mujeres y la pobreza”.

El variopinto listado temático que obtiene es el siguiente:

“Condición en la Edad Media de las mujeres”, “Hábitos de las mujeres en la isla Fidji”, “Adoradas como diosas por...”, “Sentido moral más débil de...”, “Idealismo de...”, “Habitantes de las islas del Pacífico sur, pubertad de...”, “Atractivo de...”, “Tamaño pequeño del cerebro de...”, “Menos pelos en el cuerpo de...”, “Ofrecidas en sacrificio”, “Inferioridad mental, moral y física de...”. “Amor a los niños de...”, “Subconsciente profundo de...”, “Vida más larga de...”, “Vanidad de...”, “Músculos más débiles de...”, “formación superior de...”, “Opiniones de Shakespeare sobre...”, “Opinión del Deán Inge sobre...”, “Opinión de La Bruyere sobre...”, “Opinión del Dr. Johnson sobre...”

Toma notas, recoge citas contradictorias, pasa por sucesivos estados de ánimo: desesperación, cólera, injuria a los hombres, tolerancia, y, finalmente, el espíritu de la libertad se posa sobre su cabeza, cuando llega a una sencilla conclusión: para hablar de las mujeres hay que mirar, aprender a mirar las cosas directamente. Otra conclusión importante: con quinientas libras al año de renta seguras las mujeres dejarán de ser (en cien años más, profetiza) un sexo vilipendiado, protegido, débil o fuerte... Poco más adelante emprenderá su verdadera tarea: estudiar los discursos producidos por las mujeres a lo largo de su cultura, la inglesa, y llegará a otras interesantes conclusiones sobre la mujer y la novela.

Una de ellas es que la presencia de las mujeres en la escritura avanza en relación directa con el avance de los derechos sociales y políticos; pero no sólo con ellos: avanza con la independencia económica y con lo que sintetiza en una magnífica metáfora que los engloba a todos: avanza cuando las mujeres logran tener “a room of one's own” esto es: una habitación propia. Contenedora de la libertad del cuerpo de la intimidad, del pensamiento, de la imaginación, de tiempo y de espacio...

Entre estas reflexiones de Virginia Woolf de 1929 y nosotros median tan sólo 65 años, no hemos llegado a los cien necesarios según su profecía aunque -y éste es un hecho comprobable directamente-, la escritura de mujeres se ha consolidado notablemente en estas décadas, de tal manera que podemos, dado el incremento evidente de la misma, concluir que las mujeres han ido adquiriendo su habitación propia. Y aquí empiezan otras preguntas: ¿si hoy entráramos en el British confeccionaríamos un catálogo de tópicos semejantes al suyo? ¿El avance de las mujeres es homogéneo en todo el mundo? ¿el ritmo de los avances es igual en todas las culturas, en todas las sociedades? Preguntas tan amplias que nos llevarían a una disquisición imposible de abarcar desde una mirada o un solo discurso disciplinar.

Lo cierto es que no son equiparables los procesos y las conquistas históricas de las mujeres en estos años en los países del llamado Primer Mundo a los que se han llevado a cabo en los del llamado Tercer Mundo.

Sólo como apunte de muestreo consigno algunos datos aportados por Rigoberta Menchú en el periódico latinoamericano editado en España: *Resumen*, en diciembre de 1993: el 70% de la producción agrícola del Tercer Mundo la realizan las mujeres; en la industria 500 millones de puestos de trabajo - oficiales y computados- están en manos del mujeres, sin embargo de cada 100 ptas. pagadas en concepto de salarios sólo 10 ptas. corresponden a salarios de mujeres; la media de la jornada laboral

femenina en el Tercer Mundo -incluyendo las de manutención familiar- oscila entre las 13 y las 15 horas diarias; la mitad de las mujeres del Sur padece anemia y ésta afecta al 60% de las embarazadas: en 30 países del Sur sólo el 25% de los partos son asistidos por personal especializado - pensemos que en España son 96 de cada cien-: mientras en España 11 mujeres de cada 100.000 mueren en los partos, en 30 países del Tercer Mundo mueren 600 de cada 100.000. La conclusión de Menchú:

Pero, a pesar de estos datos que conducen a la ya denominada sociológicamente feminización de la pobreza, la situación de la mujer está cambiando. Ahí está la organización cada vez más activa y la capacidad de lucha de las mujeres en el Tercer Mundo y es que la organización de las mujeres ha sido la mejor herramienta para iniciar el duro camino hacia la igualdad de derechos. La mujer debe enfrentarse, hoy, a los estereotipos que la encasillan en el papel de objeto y no de sujeto de la historia. Ese es el objetivo para la mitad de la población de este planeta; pero también es el reto para la humanidad del siglo XXI? (1993:12).

Como vemos, y en una brusca traslación de la intuición de Virginia Woolf, estos datos corroboran que si hay algo peor que ser pobre es ser una mujer pobre de un país pobre.

Lo cierto es, también, que en estos años que nos separan de ella el volumen de libros escritos por mujeres sobre las mujeres (¿también sobre los hombres?), ha aumentado de una manera espectacular en todas las culturas. De hecho, reconstruir la historia de los discursos de las mujeres, hacer el mapa de sus aportaciones a las sociedades en las que se producen, describir el valor de sus saberes y deconstruir los tópicos fraguados sobre ellos -no sólo por los hombres- ha sido la concentrada tarea de muchas plumas, tan coloridas y variadas como las del pavo real. Por decirlo con pocas palabras: las mujeres han tomado la palabra sobre sí mismas y han ido pasando por los diferentes estados por los que pasara Woolf: cólera, reivindicación, fáciles oposiciones, disyunciones binaristas y, con cierto optimismo, podemos afirmar que si bien el espíritu de la libertad no se ha posado igualitariamente sobre todas las cabezas para dar estabilidad, la dirección del pensamiento se ha ido aquietando hasta transformarse en un proceso de indagación en marcha, cada día más complejo, más profundo, más agudo.

Por las mismas fechas en que lo hacía la escritora inglesa, desde otros ámbitos y desde una sociedad en la que los procesos de transformación social eran y son lentos y diferentes, la venezolana Teresa de la Parra prepara y dicta, en Bogotá, también tres conferencias sobre *La importancia de la mujer americana durante la Conquista, la Colonia y la Independencia*. Su intención era la de revisar y reivindicar el lugar de las mujeres en la historia latinoamericana, para ello parte de algunas críticas bastante feroces, que su fresca novela *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, de 1926, había levantado en los pacatos círculos de la Venezuela y Colombia de los años 20.

De la Parra presenta su novela como un diagnóstico sintomático de la situación latinoamericana, no sólo la de las mujeres:

El diario de María Eugenia Alonso (protagonista de la novela)- nos dice- no es un libro de propaganda revolucionaria como han querido ver algunos moralistas ultramontanos, no, al contrario, es la exposición de un caso típico de nuestra enfermedad contemporánea, la del bovarismo latinoamericano, la de la inconformidad aguda por cambio brusco de temperatura y falta de aire nuevo en el ambiente (1982: 473).

Una sociedad provinciana, cenada, que no se aviene a admitir el caudal creativo de las mujeres, incluso en contra de su propio ritmo histórico modernizador porque, como señala ella misma, la modernización de las sociedades latinoamericanas desde fines del siglo XIX ha producido cambios no sólo relacionados con el ámbito de los derechos básicos, sino que ha incorporado a las mujeres a un nuevo ritmo vital que exige un cambio de valores sociales:

La crisis por la que atraviesan hoy las mujeres -señala- no se cura predicando la sumisión como se hacía en los tiempos en los que la vida mansa podía encerrarse toda dentro de las puertas de la casa. La vida actual, la del automóvil conducido por su dueña, la del teléfono, la de la prensa y los viajes, no respeta puertas cerradas.

Pero si estoy siguiendo a de la Parra, no es por mostrar su línea ideológica, más bien concentrada en ironizar sobre el mal gusto de la nuevas burguesías, que reifican a sus mujeres al convertirlas en anfibistas del buen pasar, desde una ambigüedad aristocratizante y nostálgica de un pasado idealizado; sino por rescatar su apertura e intento de sistematizar la historia secreta de las mujeres latinoamericanas.

Así, cuando se concentra en resaltar la eficacia e independencia de la Marina, la Malintzin que acompañaba a Cortés; o la labor secreta y transmisora de la tradición prehispánica que lleva adelante la madre del Inca Garcilaso; o la vehemencia y valor de Manuela Sáenz, la compañera de Bolívar; el discurso de la Parra va hilando, por encima de sus propios límites, la reconstrucción de unos saberes y valores negados por los discursos oficiales: la capacidad de transmitir desde la oralidad y la limitación del espacio doméstico, un sentimiento de la historia que, a menudo, contradice la épica visión masculina de la Historia; la afirmación del ejercicio del análisis de lo concreto y cotidiano, de la tan llevada y traída 'intuición femenina', que produce una visión menos estereotipada de la realidad y una relación constructiva con el entorno; la austeridad y el coraje frente a las situaciones adversas, sin heroicidades enfáticas; o cuando señala la peculiar relación de libertad e irrespetuosidad de las mujeres con el lenguaje, una relación ondulante que elude el etiquetamiento o las fórmulas definitivas.

Pero, significativamente, la mayor parte de las mujeres a las que aludía la venezolana no eran escritoras. Su espacio fue el del habla, el del verbo volante que se pierde en los oídos de los otros. Hay que esperar casi al final del XIX y a este siglo XX, cambalache, para que los discursos de las mujeres emerjan con potencia en el espacio de lo literario y, fundamentalmente, en el espacio de la poesía: Alfonsina Storni, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, son las escritoras a las que apunta.

Sin embargo, hay una escritura que considero fundacional -en sentido teresiano- de la tradición escritural de las mujeres latinoamericanas. Por supuesto, la peor de todas; la más mala entre las malas: Sor Juana. A ella se refiere Teresa de la Parra diciendo que es la síntesis de dos tipos de humor permitidos a las mujeres en la vida colonial: la gravedad de la señora de la casa y la campechanía de la criada. De la suma de los dos surge "la monja humorista e intelectual a lo Santa Teresa y a lo Sor Juana Inés de la Cruz".

En esta lenta e intensa tarea de reconstruir la historia de los discursos de las mujeres en nuestra cultura, la figura de Sor Juana se constituye en fundacional porque a partir de ella se estructura una manera activa de intervención sobre el corpus cultural, no sólo por la brillantez con las que reelabora los tópicos desplazados del barroco español, hasta redefinirlos desde una perspectiva crítica latinoamericana; sino por la lúcida reflexión sobre las necesidades de las mujeres y sus objetivos en el cuerpo social.

El texto que inaugura la reflexión sobre la mujer en los discursos latinoamericanos es su "Respuesta a

Sor Filotea de la Cruz”, carta enviada al Obispo de Puebla, el 10 de Marzo de 1691 (fecha que el azar hizo coincidir con la lectura de este texto en el Congreso y que nos recordó la teoría cortazariana de las constelaciones¹), y que constituye además una de las fuentes básicas para conocer la biografía de esta mexicana excepcional. Escrita con afán polémico, en respuesta a sus detractores -entre ellos el propio Obispo de Puebla- Sor Juana parte del discurso de la subalternidad, concretado en el tópico de la *humilitas* retórica

Qué entendimiento tengo yo, qué estudio, qué materiales, ni qué noticias para eso sino cuatro bachillerías superficiales (...) Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos.

Pero desde este discurso que simula aceptar los papeles marcados por el código de comportamientos de la mujer, se afirma una voluntad: la de saber.

Desde que me rayó la primera luz de la razón -dice- fue vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ajenas reprensiones -que he tenido muchas-, ni propias reflexiones, que he hecho no pocas, han bastado a que deje de servir este natural impulso que Dios puso en mí.

Una pasión por el conocimiento nada conveniente y contra la que Sor Juana intenta combatir:

Sabe su Majestad que le he pedido (a Dios) que apague la luz de mi entendimiento dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer y aún hay quien diga que daña. Sabe también que no consiguiendo esto he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificárselo a Dios que me lo dio; y que no otro motivo me entró en la religión...

Sus ansias de conocimiento la llevan, dice, desde muy pequeña a ir más allá de las costumbres: nos cuenta que después de aprender a leer y escribir, y “todas las habilidades de labores y costuras que deprenden las mujeres, oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias en México” e importuna a su madre para que allí la envíe. Sólo logra reprensiones y, a escondidas, asalta la biblioteca de su abuelo. La aspiración de Juana Inés se irá abriendo cuando pase a ser la protegida de los virreyes de Mancera y admire a la Corte mexicana con su belleza y conocimientos.

Pero este triunfo no le basta, la vida cortesana le exige algunos vasallajes, entre otros el de ubicarse socialmente a través del matrimonio. Por ello elige el convento como lugar de escondrijo del mundo y de reposo. Esa es la ‘habitación propia’ que no sólo urde Sor Juana, sino que es el refugio de jóvenes despechadas, secundonas, marisabidillas, que no encuentran su lugar en los marcos habituales. Para Sor Juana la vida comunitaria le significa interrupciones, ruidos, compromisos sociales que impiden su total concentración. La celda, una habitación propia, a la que le faltaba un ingrediente sustancial, del que habla Woolf: el pestillo por dentro. Pero también el convento -esos “alegres y jolgoriosos conventos coloniales” como los llama Elena Poniatowska- la lleva al conocimiento de los saberes institucionales, pero también al reconocimiento de algunos saberes negados, ‘bajos’, pertenecientes a la esfera de ‘lo femenino’ que Sor Juana reivindica y pone en contacto con los más ‘altos’:

¹ N. del editor: Efectivamente, Sonia Mattalía leyó su conferencia el 10 de marzo de 1994 en el Congreso ‘Mujeres: escrituras y lenguajes en la cultura española y latinoamericana’ celebrado en la Facultad de Filología de la Universitat de València.

Pues, ¿qué os pudiera contar, señora, de los secretos naturales que he descubierto estando yo guisando? Veo que un huevo se une y se fríe en la manteca o aceite y, por el contrario, se despedaza en el almíbar; (...) pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?. Bien dijo Lupercio que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: si Aristóteles hubiera guisado mucho más hubiera escrito.

Sor Juana funda una tradición en la escritura de mujeres: la de reconocer y valorar sus saberes; la de hacer pasar estos saberes del espacio volátil de la oralidad al monumento de la escritura; y esa tradición pasa por la reconstrucción de lo que las historias oficiales no dicen: de las Escrituras Sor Juana no rescata a las grandes figuras patriarcales (Abraham, Moisés, David), sino la de las mujeres:

Porque veo una Débora dando leyes, así en lo militar como en lo político, y gobernando el pueblo donde había tantos varones doctos. Veo una sapientísima reina de Saba, tan docta que se atreve a tentar con enigmas la sabiduría del mayor de los sabios (...). Veo tantas y tan insignes mujeres: unas adornadas por el don de profecía como Abigail; otras de piedad como Rahab; otras de persuasión como Esther; y otras infinitas, en otras especies de prendas y virtudes.

Es larga y sapientísima la línea que Sor Juana marca y que continúa con las tradiciones griega y latina, con las madres fundadoras de las órdenes religiosas, hasta llegar a la discusión de un aserto que hoy aún no nos suena tan antiguo, aunque hoy sí está cubierto por un velo transparente: la negación de la capacidad de uso del conocimiento.

En la discusión sobre las virtudes y la autoridad de las mujeres para transmitir el conocimiento, y para llevar adelante tareas docentes, Sor Juana despliega toda su capacidad razonadora: comentando una aireada frase de San Pablo – “Las mujeres callen en las iglesias porque no les es dado hablar”- y las interpretaciones varias que de ella se desprenden sobre la inconveniencia de que las mujeres participen en la vida pública o escriban así discurre la monja mexicana:

(...) yo quisiera que los intérpretes o expositores de San Pablo me explicaran esta frase. Porque o lo han de entender de lo material de los púlpitos y cátedras, o de lo formal de la universalidad de los fieles que es la Iglesia. Si lo entienden de lo primero -que es en mi sentir su verdadero sentido, pues vemos que con efecto no se permite en la Iglesia que las mujeres lean públicamente o prediquen- ¿por qué reprenden a las que privadamente estudian? Y si lo entienden de lo segundo y quieren que la prohibición del Apóstol sea trascendentalmente, que ni en lo secreto se permita escribir a las mujeres, ¿cómo vemos que la Iglesia ha permitido que escriba una Gertrudis, una Teresa, una Brígida, la monja de Agreda y otras muchas? Y si me dicen que estas eran santas, es verdad, pero no obsta a mi argumento; lo primero porque la proposición de San Pablo es absoluta y comprende a todas las mujeres sin excepción de santas.

Condenada al silencio público o al habla intrascendente de lo cotidiano, la escritura emerge, para Sor Juana, como el único lugar posible para permitir la exploración y el deseo de saber de las mujeres. La suya es la piedra fundacional de un largo camino, en el que la monumentalidad de la tradición escrituraria occidental será un espacio de conquista, de apropiación.

Podemos afirmar que en el caso de la cultura latinoamericana se ha ejercitado, desde las escrituras de las mujeres, en un proceso lento y denso, un doble movimiento estratégico

que ha puesto en jaque al concepto de sujeto occidental, estructurado alrededor del *cogito* cartesiano, y que comenzó a ser cuestionado desde fines del siglo XIX en la cultura occidental. Para Colaizzi, las sucesivas generaciones del feminismo, han operado en dos direcciones: marcar sexualmente e historizar el universal Sujeto. Señala al respecto: “Marcar sexualmente puede ser entendido como parte de la historización de la noción de hombre, una noción inaugurada con el *cogito* cartesiano que ha llegado a ser parte integrante de la tradición occidental. Dentro de esta tradición el hombre moderno encuentra el sentido de sí mismo (*Pienso luego existo*) en su propia interioridad. Asimismo es en ella donde, caso de estar provisto de las herramientas cognitivas adecuadas, puede des/cubrir la verdad acerca de los objetos que ‘están ahí afuera’, en algún lugar del mundo. Verdad y Significado, por ello, son cualidades esenciales que pertenecen al Sujeto, que es pensado como una entidad consciente de sí, autónoma, coherente, capaz de organizar y controlar el mundo en que vive. Al enfrentar este Sujeto como sexualmente marcado, es decir, al mostrar cómo el Hombre ha coincidido de hecho con los ‘hombres’, sujetos físicamente masculinos, la teoría crítica feminista ha puesto en cuestión la voluntad de universalidad y totalidad implícita en dicha concepción de Sujeto” (Colaizzi, 1990: 14-15).

Este doble movimiento, por tanto, ha conducido a desafiar la coherencia, la autonomía y la unidad del universalismo logocéntrico occidental y, al tiempo, ha denunciado que tal noción de Hombre necesitaba para afirmarse una recusación negativa: la Mujer, concepto también homogeneizador y universalizante que ha funcionado como un espejo invertido, “cuya superficie plana devolvía la tranquilizadora imagen especular de la unidad y la unicidad de un sujeto que no sólo se contiene a sí mismo sino que es capaz de autoproducirse en cuanto tal” (Colaizzi, 1990: 15).

La escritura de mujeres en América Latina ha mantenido, desde la primera piedra arrojada por Sor Juana, esa mirada ‘estrábica’, ‘bizca’, señalada por Weigel (1986: 69). Una doble mirada: la crítica, a veces oblicua, a veces irónica, a veces enfática, en su denuncia de los silencios de las voces que no llegan al monumento de la escritura y la constructiva, que lentamente estructura una mirada ‘otra’ sobre los discursos oficiales.

Sin embargo, parece bastante obvio que la escritura de mujeres en la literatura hispanoamericana ha explotado en las últimas dos décadas. En las evaluaciones hechas sobre la producción literaria de los 80 y los 90, casi todos los críticos coinciden en señalar esta eclosión, que acompaña a una serie de factores que podríamos resumir en varias consideraciones Calderón y Reyna, 1990: 17 y ss).

Por una parte, la toma de conciencia -desgarrada o feroz, displicente o irónica-, en la ‘intelligentzia’ latinoamericana última, del fracaso de un proyecto que marcó a los 60 y 70 y del cual no estuvieron al margen los llamados novelistas del *Boom*: el fracaso de la Revolución continental, entendida como un macro proyecto, revulsivo, unificador y al mismo tiempo particular en cada país, pero que se mantuvo como línea reflexiva y como práctica política.

Por otra: el cambio de los actores sociales que podríamos sintetizar en la aparición de actores sociales ‘chicos’ -asociacionismo de jóvenes y grupos urbanos, barriales o grupales, movimientos etnicistas, de mujeres- que han proliferado en América Latina, mientras que en décadas anteriores primaban los ‘grandes actores sociales’ cuyas fuerzas directrices fueron partidos político-militares, sindicatos, etc. Estas nuevas asociaciones proponen respuestas novedosas a diferentes problemáticas, muestran la desarticulación de los Estados, y permiten entrever una disociación creciente entre sus aparatos y la

sociedad civil, aún altamente desarticulada en América Latina; disociación que ha generado en las décadas últimas un alto descrédito social frente a las instituciones orgánicas. Estos procesos han sido acompañados por el ascenso de la presencia social y política de las mujeres latinoamericanas, empeñadas en participar como actores en la democratización.

Sin pretender una relación lineal entre estos fenómenos y la eclosión de escrituras de las que hablamos, sí parece evidente que los postulados del post-boom en la narrativa hispanoamericana han distanciado las posiciones estéticas de la generación del Boom. Reproduzco un casi manifiesto del chileno Antonio Skármeta:

La realidad se acaba, en última instancia, ante nuestras narices. Creo que caracteriza a nuestra generación -vía infrarrealismo, arte pop, trato activo con la realidad política latinoamericana, universalización de la aldea por el boom de las comunicaciones- la convivencia plena con la realidad, absteniéndose de desintegrarla para reformularla en una significación suprarreal. No se nos ocurriría nunca, por ejemplo, la absolutización de un sistema alegórico donde lo grotesco degrada la realidad, como en Donoso; ni la iluminación de la historia en la hipérbole mítica de García Márquez, ni la refundación literaria de América Latina como el 'realismo mágico' de Carpentier. Por el contrario, donde ellos se distancian abarcadores, nosotros nos acercamos a la cotidianeidad con la obsesión de un miope (en Rufinelli, 1990: 37).

Según señala Jorge Rufinelli, formulaciones como la que he reseñado mostrarían la emergencia de rasgos post-modernos en las últimas tendencias literarias latinoamericanas: "localización, fragmentación, destrucción de la transcendencia, minimalismo, la búsqueda de la descentralización cultural, la destrucción de las hegemonías recibidas, la búsqueda de otros centros", que marcarían una distancia estética evidente con la producción anterior y una revisión crítica de los modelos experimentalistas, globalizantes, contruidos por los autores del Boom. Todo ello ha conducido a deslindar nuevas líneas de trabajo que se deslizan hacia los márgenes o zonas fronterizas culturales: la cultura popular, el testimonio y la escritura crítica ejercida por mujeres (Rufinelli, 1990: 32).

Podemos afirmar que las escrituras de mujeres de la Latinoamérica última, de los 80 y los 90, han desdeñado también las propuestas totalizadoras, las verdades universales o las afirmaciones militantes, para concentrarse en cuestionar las falsas hegemonías y el canon literario, basando sus construcciones en una crítica, cuya radicalidad no se asienta en la reivindicación de una "escritura femenina" o de rótulos universalizantes, ni en la denuncia directa de los poderes discursivos y políticos, sino que busca conmover los pilares culturales revisando y construyendo una visión 'otra' y, al tiempo, dirigiendo una parte importante de su creatividad en la construcción de una tradición -no por sumergida o negada, inexistente-: la historia de sus propias letras.

Doble tarea: hacia afuera para construir tradición; pero también hacia adentro: mostrando sus propias estrategias, aquellas que, en relación a Sor Juana, Josefina Ludmer denominó 'las tretas del débil', para practicar en los espacios admitidos 'lo vedado en otros' y así provocar un movimiento de anexión y de reterritorialización de los discursos hegemónicos (1984:47).

Arráncame la vida (1986), novela de la mexicana Ángeles Mastretta que, en sabia mixtura de humorismo y sentimentalidad, revoca los tópicos de toda la novela de la Revolución mexicana desde la épica de una mujer que acompaña el ascenso de un general revolucionario, y que presenta la otra cara de *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes. *Como agua Para chocolate* (1990) novela de la también mexicana Laura Esquivel, construida siguiendo la mejor tradición letrada que una escritora

puede recibir: las recetas de cocina de las tías abuelas solteras. *Conversación al Sur* (1981) de la argentina Marta Traba que retoma otra tradición, la de ‘hablan las mujeres’; tradición de una lengua amasada en la conversación y la espera; una lengua retorcida por el horror y el terror, la pérdida y la tortura. *Novela negra con argentinos* (1990) de la también argentina Luisa Valenzuela en la que las peripecias del anonimato de la vida urbana y de la extrañeza se transmutan usando los rigores de la novela policial, desviada, desequilibrada, sin acabar; ácida y ligeramente irónica.

Parece evidente en este corto recuento, que toma como punto de referencia los extremos -norte y sur- de la escritura de mujeres en Latinoamérica, que en la década de los 80, cargada de una historia tan siniestra como hueca de verdadera historia, se consolida una producción que, descentrada de la denuncia enfática de la ‘condición femenina’, se ha concentrado en la Historia sin más, para repensarla, para reescribirla, eso sí: desde otro espacio, desde otras voces, desde otros ámbitos.

Esta evidencia quita a la Historia su mayúscula y la ubica en el terreno de la letra minúscula, una letra que se presenta como letra ‘pequeña’ para decir lo que la tradición letrada masculina no dijo: las otras tradiciones (orales, de puertas adentro, de escrituras no monumentales que van desde las recetas de cocina a las letras de la música popular, al bolero, al tango, o a los géneros desgajados de lo literario, la novela cursi, la policial, la revista de modas, las cartas, el testimonio). En esa línea -y enumeró caprichosamente sólo guiada por el azar de la lectura- se escriben *Ascensión Tun* (1978) de Silvia Molina (Méx.); *El río de las congojas* (1981) de Libertad Demitrópolis (Arg.); *En breve cárcel* (1981) de Silvia Molloy (Arg.); *La rompiente* (1987) de Reina Roffé (Arg.); *Cambio de armas* (1984) de Luisa Valenzuela (Arg.); *La nave de los locos* (1984) y *Solitario de amor* (1988) de Cristina Peri Rossi (Ur.); *Querido Diego, te abraza Quiña* (1983) y *La flor de Lis* (1988) de Elena Poniatowska (Méx.); *Maldito amor* (1989) de Rosario Ferré (Puerto Rico); *La última canción de Marié Alcázar* (1990) de Lilian Elphick (Chile).

Letras que partiendo del ‘Fumando espero al hombre que yo quiero’ del tango o del grito que exclama en el bolero ‘Arráncame la vida de un tirón que el corazón ya te lo he dado’, o de unas magníficas ‘codornices en salsa de pétalos de rosa’, reescriben la historia oficial. ¿Desde qué lugar?

Pues, desde el de una Penélope que, en versos de la salvadoreña Claribel Alegría, suplica en tono menor al heroico Odiseo en este último fragmento de esta “Carta un desterrado”:

De mi amor hacia ti
no queda ni un rescoldo.
Telémaco está bien
ni siquiera pregunta por su padre
es mejor para ti
que te demos por muerto.
Sé por los forasteros
de Calipso
y de Circe
Aprovecha Odiseo
Si eliges a Calipso
recuperarás la juventud.
Si es Circe la elegida

serás entre sus cerdos
el supremo.
Espero que esta carta no te ofenda
no invoques a los dioses
será en vano.
Recuerda a Menelao
con Helena
por esa guerra loca
han perdido la vida
nuestros mejores hombres y estás tú donde estás.
No vuelvas, Odiseo te suplico.
Tu discreta Penélope

Bibliografía:

- Alegría, Claribel. "Carta a un desterrado". *Hispanamérica* 52 (1989): 63.
- Calderón, Fernando y Reyna, José Luis. "La irrupción encubierta". *Nuevo texto crítico* 6 (1990).
- de la Cruz, sor Juana Inés (1978). "Respuesta a Sor Filotea de la Cruz". *Obras escogidas*. Barcelona: Bruguera.
- Colaizzi, Giulia (1990). "Feminismo y Teoría del Discurso. Razones para un debate". Colaizzi, G. (ed.): *Feminismo y teoría del discurso*, Madrid, Cátedra: 13-28.
- Ludmer, Josefina (1984). "Tretas del débil". González, Patricia y Ortega, Elena (edas.). *La sartén por el mango*. Puerto Rico: Huracán.
- Menchú, Rigoberta. "¿Qué pasaría si un día las mujeres del Tercer Mundo dejaran de trabajar?" *Resumen* 7 (1993).
- de la Parra, Teresa (1982). "Tres conferencias". *Obra*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rufinelli, Jorge. "Los 80: ¿ingreso en la postmodernidad?". *Nuevo texto crítico* 6 (1990): 72-77.
- Weigel, Sigrid (1986). "La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres". Ecker, Gisela (ed.) *Estética feminista*, Barcelona: Icaria: 69-98.
- Woolf, Virginia (1989). *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Baral.